

AHORA MISMO

¿Adictos al etanol?



Enrique Alejo
Consejero Económico y Comercial
Oficina Comercial de España en Chicago

La polémica está servida. En medio de un aluvión de noticias sobre los biocombustibles, que en los últimos meses no dejan acaparar portadas de los periódicos en Estados Unidos, el presidente Bush, en su reciente gira latinoamericana, acaba de firmar un acuerdo con Brasil, el segundo productor mundial de etanol, para reforzar la cooperación técnica que conduzca a una nueva tecnología que permita una mayor eficiencia en la producción de este sustituto de la gasolina.

No cabe duda de que el contexto en el que se desarrolla esta nueva ofensiva es el de una creciente preocupación sobre la seguridad energética en Estados Unidos, cuya dependencia del petróleo, especialmente del importado, llevó al presidente americano a declarar el año pasado que Estados Unidos era "adicto al petróleo". En esa misma línea, la Administración republicana ha intensificado tanto los apoyos concretos (con una extensiva red de medidas de apoyo de carácter legal), así como mediáticos, a los combustibles alternativos. Pero estos apoyos no han estado exentos de polémica. Unos piensan que son muy costosos, casi 2.600 millones de dólares al año, y que lo que hacen no es más que enmascarar la falta de ideas de la política energética americana reciente, empeñada en seguir manteniendo el mismo consumo energético aun a costa de un daño irreparable al medio ambiente. Para estos críticos sería más eficaz imponer un impuesto a las gasolinas que permitiera reducir la dependencia exterior del país al tiempo que, con esos excedentes presupuestarios, podrían llevarse a cabo investigaciones sobre tecnologías que aumenten la eficiencia energética global de Estados Unidos. Claro que con esta medida no podrán estar menos de acuerdo las gigantescas empresas de petróleo del país. Las cuales son favorables, sin embargo, a que la Administración federal establezca un límite de emisiones y un mercado de derechos.

Entre tanto, los agricultores del Medio Oeste americano, y sus representantes políticos, sean éstos del partido que sean, se frotan las manos al ver cómo los precios del maíz y otros cereales se incrementan de forma exponencial, revitalizando con ello unas economías rurales progresivamente empobrecidas y con escasas perspectivas de futuro. Indudablemente no piensan lo mismo en África y otros países en desarrollo, tradicionales receptores de la ayuda alimentaria procedente de Estados Unidos, ni tampoco las economías dependientes del maíz para su consumo básico, como la mexicana, o en el otro extremo, los consumidores de cerveza al ver que el precio de la cebada se pone por las nubes.

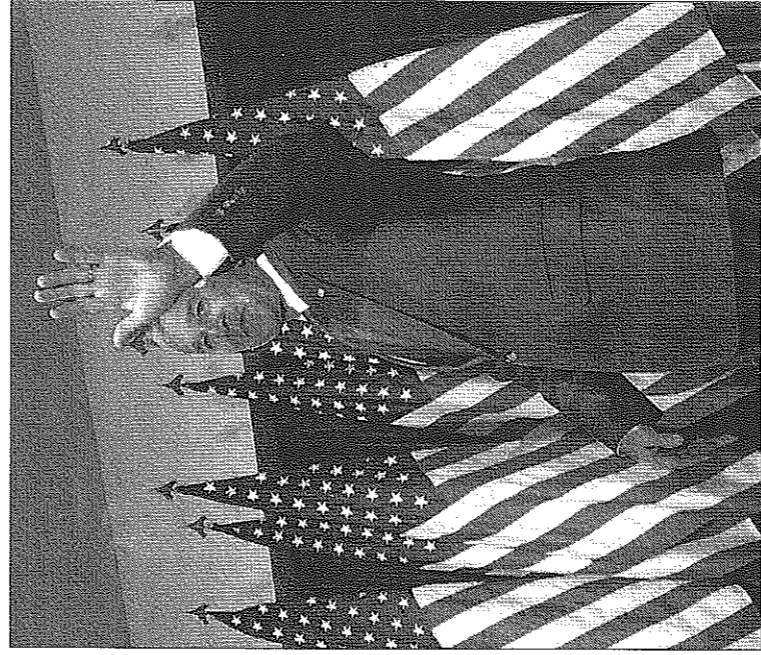
Las tesis de Bush

De todas formas, hoy por hoy, los biocombustibles, en especial el etanol, sólo suponen el 3% del consumo global de combustibles en Estados Unidos. Aunque está previsto que esa cifra aumente de forma importante en los próximos años. En Estados Unidos, al igual que la reciente propuesta de los líderes europeos (un incremento del consumo de combustibles en un 20% para el año 2020), el presidente americano propuso en el discurso al Estado de la Unión del mes de febrero de este año una sustitución del consumo de gasolina en un 20% los próximos diez años. Para ello será necesario pasar de la producción actual de biocombustibles de en torno a 7.000 millones de galones hasta 35.000 millones de galones en el año 2017. Esto hace que las oportunidades de negocio en el mercado de los biocombustibles se multipliquen enormemente, pasando de un mercado de 16 mil millones de dólares en 2005 hasta más de 55 mil millones de dólares en 2015. Y las oportunidades surgen no sólo en lo relativo a la producción propiamente dicha de los combustibles ecológicos, sino también a todo lo que se refiere a la producción de los *inputs* (maíz, cebada, caña de azúcar, etcétera), la maquinaria utilizada en esos procesos productivos, así como la distribución y transporte de los combustibles y todo el mundo de los servicios auxiliares (des- de la consultoría hasta los servicios financieros y legales).

Por lo que se refiere a la producción, estamos asistiendo a un crecimiento imparable de la construcción de nuevas plantas de etanol y biodiésel para hacer frente al espectacular crecimiento de la demanda. Crecimiento del que es parte muy activa la empresa española Abengoa. Existen en estos momentos en Estados Unidos más de 120 plantas de producción de eta-

no y casi 65 de biodiésel, estando en proceso de construcción otras 150 en total, que incrementarán los combustibles producidos al final del año 2007 hasta los 25.000 millones de galones. Y para financiar toda esta gran movida han aparecido fondos de capital riesgo en los que participan personalidades tan relevantes como Bill Gates o Richard Branson, que se han apuntado a esta moda del etanol.

Y también se están disparando las cifras de las importaciones que en el año 2006 multiplicaron por cuatro las del año anterior hasta los 600.000 galones. Y, si tenemos que hacer caso a las declaraciones del secretario de Energía de los Estados Unidos, es previsible, y más después del acuerdo con Brasil, que estas cantidades se vean incrementadas notablemente en los próximos años. En buena parte, porque mientras que las plantas de producción de biocombustibles están en el denominado *cinturón del maíz* en el Medio Oeste y en el centro del país, los consumidores de combustibles se concentran fundamentalmente en las dos costas adonde llegan los barcos graneros con mucha facilidad desde los grandes productores actuales como Brasil y otros países de la cuenca del Caribe, e incluso de los de nuevos países portadores como puedan ser China, Holanda o Pakistán.



El presidente de Estados Unidos, George W. Bush. / Efe

Pero no todo es halagüeño en este imparable ascenso de los combustibles de origen vegetal. Han surgido, y cada vez con más fuerza, nuevas voces críticas por el impacto ecológico que la producción de biocombustibles genera, voces que ponen de manifiesto la escasa eficiencia energética del proceso y el casi nulo impacto sobre la reducción de emisiones de CO₂. Con lo cual, y dado el creciente número de Estados americanos que se han propuesto limitar las emisiones de gases de *efecto invernadero*, el futuro de los biocombustibles estaría, al menos, en entredicho. Como también puede estarlo por el hecho de que en el fondo no existen suficientes recursos vegetales en el país como para hacer frente a una sustitución de petróleo importado que sea realmente significativa. El futuro estaría, pues, en la generación de biocombustibles a partir de biomasa, esto es desechos de cosechas, residuos agrícolas y otras fuentes de carácter renovable de las cuales existen recursos muy abundantes y cuyo impacto medioambiental es mínimo, lo que permitiría una generación de energía medioambientalmente eficaz y sostenible.

Mientras esta tecnología se desarrolla, parece claro que el negocio de los biocombustibles tiene cuerda para rato. Habrá que estar atentos y aprovechar las oportunidades que se presenten.